

*Gregorio Pueyo*

(1860-1913)

LIBRERO Y EDITOR



Miguel Ángel Buil Pueyo

Miguel Ángel Buil Pueyo


# Gregorio Pueyo (1860-1913)

Librero y editor

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

## Í N D I C E

Prólogo.....	11
Propósitos y agradecimientos .....	15
<b>Los comienzos.....</b>	<b>23</b>
<b>Una aproximación al catálogo.....</b>	<b>71</b>
<b>Catálogos y libros editados por la librería de Gregorio Pueyo .....</b>	<b>115</b>
Bibliografía.....	151
Índice onomástico.....	169



BIBLIOTECA  
PVEYO  
NOVELAS  
ESCOGIDAS



M. DELLY  
ESCLAVA...  
REINA



EDITORIAL  
PVEYO  
MADRID

## Prólogo

La biblioteca de Babel del modernismo  
hispano, o la empresa del esforzado  
editor Gregorio Pueyo

En un conocidísimo e impresionante cuento incluido por Jorge Luis Borges en *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941), titulado «La Biblioteca de Babel», se propone la llamativa propuesta/especulación de la existencia de un universo compuesto por todos los libros probables y posibles, que existe infinitamente y desde la eternidad:

Quando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto.

Dueño y señor de un cierto tesoro intacto y secreto se sentiría también, probablemente, el editor y librero Gregorio Pueyo Lamenza (1860-1913), afincado en Madrid desde las últimas décadas del siglo XIX y en cuyas calles (varias sucesivas) establecería su casi mítica casa editorial y librería, que iban a frecuentar escritores noveles y consagrados, habitantes todos ellos de algún modo de esa «biblioteca de Babel». Y es que aunque el amor por la lectura no ha sido de manera tradicional –y por desgracia– considerado precisamente un bien patrio en nuestro país, siempre ha existido una minoría de hombres y mujeres que han sentido auténtica pasión por los libros. De hecho, se podrían recordar quizás unas ilustradoras palabras de la sevillana librepensadora Amalia Domingo Soler, autora ella misma de una amplia nómina de títulos de los más diversos géneros, en las que relataba con emoción: «Desde niña atraían poderosamente mi atención las grandes librerías, y entraba en ellas con religioso respeto».

Página interior del  
*Catálogo de la Editorial  
y Librería de la Viuda  
de Gregorio Pueyo.*  
(Madrid, Imprenta  
Helénica, 1923)

La devoción por las letras debió de impulsar también, sin duda, la aventurada trayectoria de Gregorio Pueyo, quien pasaría etapas de penuria económica tras su llegada a Madrid desde su Panticosa natal, aunque finalmente lograría sacar adelante con éxito la empresa a la que consagró su vida. El catálogo de sus obras resulta vastísimo, y contiene algunos de los principales nombres de nuestra historia literaria de entresiglos, como Antonio y Manuel Machado, Enrique Díez-Canedo, Gregorio Martínez Sierra, Salvador Rueda, o Ramón María del Valle-Inclán, entre otros. Vinculados también con el naciente (y luego triunfante) modernismo se encuentran los nombres de autores hispanoamericanos como Amado Nervo, José Santos Chocano o Enrique Gómez Carrillo. Asimismo, Pueyo dio a conocer traducciones de algunos de los más influyentes escritores del panorama europeo del momento, como pueden ser Gabriele D'Annunzio, Anatole France o Mauricio Maeterlinck.

Además de todo ello, el emprendedor librero depositó su confianza en jóvenes promesas, escritores desconocidos de los tantos que llegaban a la capital cada año persiguiendo denodadamente un éxito que se demostraba siempre huidizo y efímero. Es el caso de Felipe Sassone, pero también del luego muy popular José María Carretero, que sería conocido como *El Caballero Audaz*, o de un jovencísimo Fernando Fortún, de quien Pueyo edita en 1907 el poemario *La hora romántica*, cuando sólo cuenta con diecisiete años.

De ahí que Max Henríquez Ureña, en su estudio *Breve historia del modernismo*, constata que en la fecha en que vio la luz una de las antologías definitorias de este movimiento artístico y literario, como es *La Corte de los poetas. Florilegio de rimas modernas*, que publicó el prolífico Emilio Carrere en 1906,

los modernistas tenían en Madrid su editor y librero: Gregorio Pueyo. En un catálogo de libros que la casa Pueyo ofrecía en venta se incluían algunos títulos de autores hispanoamericanos cuyas obras no habían sido editadas en España.

Esa identificación directa del librero con el modernismo incentivó, probablemente, la transmutación literaria de éste en el personaje valleinclaniano de Zaratustra, en la genial obra *Luces de bohemia*. Deformado en los espejos cóncavos y convexos que Valle-Inclán usó para su creación del esperpento, así nos aparece en la segunda

escena de la obra, en una caricatura que incluye tanto a la librería como a su dueño:

La cueva de ZARATUSTRA en el Pretil de los Consejos. Rimeros de libros hacen escombros y cubren las paredes. Empapelan los cuatro vidrios de una puerta cuatro cromos espeluznantes de un novelón por entregas. En la cueva hacen tertulia el gato, el loro, el can y el librero. ZARATUSTRA, abichado y giboso –la cara de tocino rancio y la bufanda de verde serpiente–, promueve, con su caracterización de fanteche, una aguda y dolorosa disonancia muy emotiva y muy moderna.

Paradójicamente, los descendientes de aquel que vivió entre libros y que hizo de éstos en buena medida su razón de ser, no han heredado con el paso del tiempo ninguno de sus incontables volúmenes, que parecen haberse perdido y dispersado sin destino cierto. Tan sólo se han conservado unas pocas fotos, algún objeto personal y algún aislado resto del que debió de ser riquísimo epistolario con intelectuales y escritores contemporáneos. Y precisamente a uno de esos fragmentos epistolares debo el conocimiento del autor del presente libro, Miguel Ángel Buil Pueyo, bisnieto del mítico librero, de quien parece haber heredado el carácter emprendedor y la pasión por la letra impresa. En efecto, hace ya varios años que recibí un amable correo electrónico en el que, identificándose previamente, ponía a mi disposición una exótica tarjeta postal, recibida por su bisabuelo y remitida por un escritor a cuyo estudio he dedicado muchos años de mi vida, como es el orientalista Isaac Muñoz. La tarjeta había sido enviada desde el Hotel Villa de France, en Tánger, el día 9 de abril de 1911, y en ella el escritor muestra su interés por adquirir varias obras de Rubén Darío y Francisco Villaespesa, que solicita le envíe Pueyo, además de conminarlo a que manifestase si «quiere o no» publicar una de sus novelas, cuyo título no menciona, para, en caso contrario, «hacer otras gestiones».

A partir de aquí se inicia la historia de una amistad que ha estado siempre marcada, de una u otra manera, por la literatura y el arte de ese fascinante periodo que fue el fin de siglo. Miguel Ángel y yo hemos intercambiado lecturas, datos, nombres, fotografías y revistas, acerca de los autores más raros y de los títulos más curiosos, y debo decir que, demostrando siempre una generosidad sin límites, muchos de mis trabajos de investigación tienen hacia él una deuda impagable.



Postal enviada por Isaac Muñoz desde Tánger a Gregorio Pueyo

Miguel Ángel Buil siempre está presto para buscar el dato exacto en hemerotecas y bibliotecas, con paciencia infinita y fino olfato detectivesco, tal que si fuera un perfecto Sherlock Holmes de la literatura.

Y es así como ha reconstruido una peripecia vital y libresca tan interesantísima como es la de su antepasado, el bisabuelo inmortalizado por Valle-Inclán, y que fue ampliamente conocido en todo el mundillo cultural de entresiglos. De ahí el incuestionable interés que ofrece este volumen, que contribuye en buena medida a iluminar las sombras de un periodo histórico tan complejo como marcado por la profunda crisis finisecular. Miguel Ángel Buil ha logrado no sólo rescatar prácticamente desde la nada la biografía de Gregorio Puyo, sino que también ha restablecido el riquísimo y muy amplio catálogo de las publicaciones que llevó a cabo.

Y todo eso lo ha hecho desde el trabajo y el rigor, pero guiado siempre por un vital entusiasmo que recuerda sin duda alguna el origen etimológico de la palabra, derivada, como es sabido aunque se suele olvidar, del griego *theos*, «dios». Así pues, alguien entusiasmado viene a ser alguien guiado por un cierto grado de transporte o éxtasis, que lo lleva a acometer con fervor y entrega las más arduas tareas. (En cualquier caso, yo tampoco puedo concebir la investigación de otra manera...).

Entusiasmo, pues, que recuerda nuevamente a Borges y sus míticas y recreadas bibliotecas infinitas:

Desde el primer Adán que vio la noche  
Y el día y la figura de su mano,  
Fabularon los hombres y fijaron  
En piedra o en metal o en pergamino  
Cuanto ciñe la tierra o plasma el sueño.  
Aquí está su labor: la Biblioteca.  
Dicen que los volúmenes que abarca  
Dejan atrás la cifra de los astros  
O de la arena del desierto. El hombre  
Que quisiera agotarla perdería  
La razón y los ojos temerarios.

**Amelina Correa Ramón**  
Universidad de Granada



# Los comienzos

Referir los comienzos de Gregorio Pueyo es lo mismo que intentar trazar la trayectoria profesional de un librero y editor finisecular hecho a sí mismo, frecuentemente parodiado<sup>1</sup>, retratado, cuando retratarse era todo un acontecimiento, en blanco y negro y también en sepia por conocidos fotógrafos del momento e, incluso, alguna vez caricaturizado, como se puede comprobar por la caricatura del ilustrador Robledano que, con el título «Las Librerías de Viejo», se publicó en el semanario festivo *¡Alegría!*<sup>2</sup>, en la que, sentado, rodeado de libros, de folletos y de escritores, y en donde creo reconocer a los poetas Emilio Carrere (su apellido unas veces se ortografía con un acento grave, inusual en castellano, otras con uno agudo y otras con ninguno), con pipa, chalina y negro chambergo de enormes alas caídas enterrado hasta las orejas pero que no consigue ocultarle sus melenas, y Francisco Villaespesa, de perfil, con un libro bajo el brazo, acompañado de un escribiente, aparece dibujado con su inconfundible nariz ganchuda, de diseño hebraico. No escasean los epítetos a la hora de aludir a su prominente apéndice nasal y, como muestra, cito los siguientes: enorme, grande, apocalíptica, violácea, aventajada, larga, gruesa, nariz de máscara grotesca, épica, nariz como una berenjena, borbónica, judaica, penduliforme, ciranesca, en clara alusión a Cyrano de Bergerac, la célebre creación literaria de Edmond Rostand, olivarina [*sic*] ... y quevedesca, que evoca el famoso soneto «a una nariz»<sup>3</sup>, el que comienza diciendo «érase un hombre a una nariz pegado» y que todos hemos estudiado en la escuela. Se llega, incluso, a afirmar que Gregorio Pueyo es «el Sánchez Toca de los editores»<sup>4</sup>.

En el mismo dibujo lleva colocado un símbolo de la época, un sombrero hongo, y que más de una vez, ¡y ciento!, fue víctima propiciatoria de los «gorriones literarios» pero también de los sablistas y hurtadores de libros, que le explotaron sin entrañas, tan molestos en su menudeo como una plaga de langostas, y que tenían muy claro que el estómago,

Bibliografía española, núm. 22, Madrid, 16 de noviembre de 1908)



Ilustración de Robledano (*¡Alegria!*, núm. 59, Madrid, 22 de abril de 1908)



Dibujo de Rivero Gil (*La Libertad*, Madrid, 19 de mayo de 1927)

el órgano más impertinente, no sólo no era despreciable sino indispensable, como la noche para los murciélagos, y cuyas innumerables habilidades les llevaban no sólo a ser parientes de todo el mundo, vecinos de todas partes y enfermos de todos los achaques, sino también unos excesivos aduladores y desternillantes aprendices de resucitados, todo en una pieza, y cuyos estereotipados comportamientos tanto recuerdan a los de los eternos bohemios del parisino Barrio Latino que inmortalizó Henry Murger en su novela altamente conmovedora y sugestiva *Escenas de la vida bohemia*. Fue víctima, en definitiva, como dijo Sainz de Robles, de «gozosos atracos, tras fementidas promesas»<sup>5</sup>. El peruano Santos Chocano, según palabras de Benigno Varela, «vendió a Gregorio Pueyo su manuscrito intitulado *Fiat Lux*, manuscrito que cedió a Ollendorff inmediatamente, después de sacar unos miles a Pueyo!»<sup>6</sup> y a Emilio Carrere, segunda vez que le cito y no será la última, Pueyo «le fue pagando soneto a soneto los derechos de un libro: diez pesetas por cada catorce versos»<sup>7</sup>. Y lo peor era que en ese tiempo opositores a poeta había muchos pero lectores de poesía no tantos.

En otra ilustración, ahora de Rivero Gil, a cuyo pie figura el rótulo CAFÉ CON MEDIA Y NOTAS DE "MARINA", publicada en el diario madrileño *La Libertad* el 19 de mayo de 1927 acompañando un texto de Emilio Carrere sobre la bohemia picaresca, escribe éste que

el modo seguro de colocarle a Pueyo un libro de versos modernistas, como se decía entonces, era arrancarle de su tienda y llevarle a un café donde hubiese música. La melodía dulcificaba su carácter y suavizaba esa hostilidad que todo comerciante siente en el momento de dar dinero. En cuanto sonaban los acordes de "Marina", invitaba a aquellos suculentos "bistecs" con patatas que costaban cinco reales y eran el legítimo orgullo del gremio cafeteril, ya daba hasta doce duros por un libro de poesías. ¡La felicidad para el trotacalles literatesco!

De extracción humilde, Gregorio Pueyo Lamenca nació el 25 de mayo de 1860 en Panticosa (Huesca), localidad perteneciente a la comarca del Alto Gállego. No era, pues, como afirma Rafael Cansinos Assens, gallego o navarro; tampoco provenía, ni él ni su familia, como erróneamente se ha escrito en algún momento, de la villa de Daroca, en Zaragoza<sup>8</sup>. En el Alto Aragón, los individuos se nombran añadiendo a su nombre de pila el de la Casa a que pertenecen, por lo que Gregorio sería llamado Gregorio Pueyo de Berdón, y así consta al margen en su partida de bautismo, acto que tuvo lugar en la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción en Panticosa el mismo día de su nacimiento. Fueron sus padres

Domingo Pueyo Guillén y María Lamenca Poma. Gregorio era el benjamín de los ocho hijos que tuvo el matrimonio.

El epígrafe sobre Panticosa incluido en el *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus Posesiones de Ultramar*, de Pascual Madoz, publicado entre 1845 y 1850, con anterioridad pero cercano en el tiempo, por tanto, al año de su nacimiento, puede servir para acercarnos, como si de una instantánea se tratara, a conocer esta pequeña población en ese momento determinado, facilitándonos una serie de informaciones generales. Tras describir su situación, el partido judicial y la diócesis a la que pertenece, Jaca, el «Madoz», como es popularmente conocido, aporta los siguientes datos:

Su CLIMA, aunque frío, es bastante sano; sus enfermedades más comunes las tercianas. Tiene 104 CASAS; la consistorial y cárcel; escuela de primeras letras; igl. Parr. (la Asunción) servida por un cura rector de provisión real y ordinaria; 3 ermitas (San Salvador, San Juan y San Pedro), y buenas aguas potables [...]. El TERRENO es montuoso y de mediana calidad; por él corren las aguas del Calderés y de un arroyo denominado el Plazo. Hay un CAMINO de herradura que dirige a los baños. PROD.: granos, legumbres, patatas y pastos; cría ganados, caza y pesca. IND.: un molino harinero, varios telares y curtidores; durante el invierno emigran muchos de sus moradores a Francia. POBL.: 71 vec., 439 alm<sup>9</sup>.

El nombre de Panticosa, perteneciente al Valle de Tena y situada en el curso del río Calderés, va unido al del Balneario que, situado a 1.636

metros de altitud y rodeado por un majestuoso circo de montañas, dista, aproximadamente, unos ocho kilómetros de la población. Para llegar a él hay que subir el Escalar, nombre que es común por todas estas montañas para aquellos lugares donde en poco trecho se gana altura. Sus aguas y baños minerales son famosos desde el tiempo de los romanos. Pese a ello, irónicamente, escribe García Mercadal que «en su cementerio, dominado desde la carretera, duermen el sueño eterno muchos que creyeron que Panticosa era un paraíso de tuberculosos»<sup>10</sup>, y el siempre divertido Luis Taboada dedicó alguna de sus crónicas periodísticas a satirizar a los agüistas. Lo cierto es que todo el que se iba de Panticosa marchaba contento, como si saliera de presidio, para volver a la temporada siguiente. De hecho, había agüistas que llevaban veinte, veinticinco y hasta treinta temporadas frecuentando el Balneario, por lo que solía decirse que padecían «tisis lenta».

Casa Berdón, Panticosa  
(Huesca)



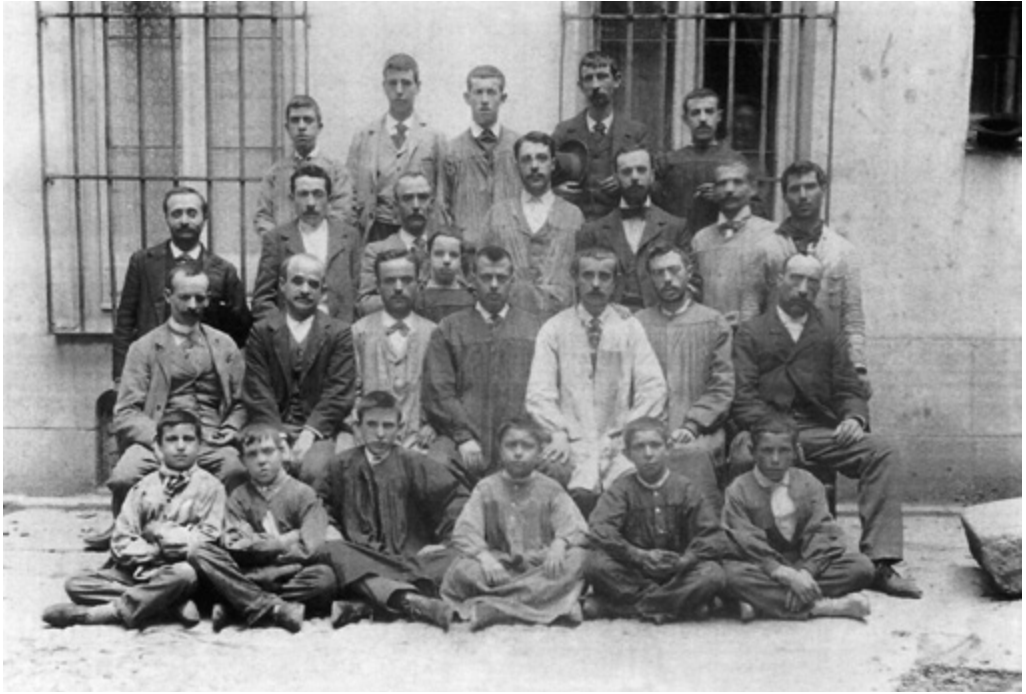
Panticosa era entonces un pueblo eminentemente ganadero y el medio más sólido de subsistencia para todas las gentes del Valle. La alta montaña y la orografía del terreno no daban para cultivos extensivos y había que arañar las parcelas de terreno para conseguir arrancar sus frutos. Así lo explica Ana L. Navarro Soto:

La organización económica responde a las características de una economía simple pues para satisfacer las necesidades básicas se utiliza directamente o con un mínimo de transformación aquello que ofrece la naturaleza. Los rigores de la misma, dada la situación geográfica en la que el Valle de Tena se encuentra, hace que sea particularmente duro el aprovechamiento y el intercambio de los recursos, convirtiéndose estos fundamentalmente en medios de subsistencia y autoaprovisionamiento, con poca capacidad para el establecimiento de relaciones comerciales [...] La economía es simple, además, porque se fundamenta en una división del trabajo básica, que asigna las tareas según el sexo y la edad, diferenciando fundamentalmente el sexo, y no tanto los años, pues a todos según sus fuerzas se les suponía capaces para trabajar. Aunque la actividad principal fuera la ganadería, la agricultura también ocupaba su espacio y, además, existían distintos artesanos profesionales, especializados en la fabricación de determinados objetos [...] Tenemos, en definitiva, una tecnología arcaica basada en la fuerza de la naturaleza, una división elemental del trabajo, una naturaleza rigurosa, una orografía que dificulta la accesibilidad y los contactos con otras áreas geográficas. Todo ello da lugar a una productividad escasa y, en consecuencia, a una economía de subsistencia, con una actividad preeminente: la ganadería, completada con otras actividades que alternan según las estaciones: agricultura, caza ...<sup>11</sup>

Vista invernal de Panticosa (Huesca). Fotografía: Ediciones Sicilia



En el último cuarto del siglo XIX, a tenor de lo anterior, sobran motivos para que el joven Gregorio robe sus brazos a las faenas agrícolas y abandone Panticosa. Él era, ya se ha dicho, el más pequeño de ocho hermanos. Este detalle que, a primera vista, tendría una importancia relativa en Castilla, se acrecienta, sin embargo, en Aragón por las específicas características de su Derecho foral. El principio de unidad y conservación del patrimonio familiar, por escaso que este sea, es uno de los fundamentos que informan aquél, siendo la «Casa» una entidad básica en torno a la cual giran las más importantes instituciones aragonesas<sup>12</sup>. «Normalmente, en las Casas aragonesas», escribe José Luis Merino y Hernández,



Gregorio Pueyo en la última fila (con sombrero entre las manos) (s.f.)

«existe lo que se llama el heredero, es decir, aquél de los hijos que, una vez fallecidos sus padres, o incluso en vida de éstos, va a quedar como titular único de todo el patrimonio de la Casa, excluyendo a los demás hermanos»<sup>13</sup>.

Incide en esta idea José C. Lisón:

Es preciso nombrar un heredero universal único que cumpla la que se considera una exigencia fundamental: la continuidad y preservación de la casa. Esto obliga a rechazar a todos los miembros de cada generación, porque si se dividirían los patrimonios no serían suficientes para mantener a nadie y acabarían siendo abandonados o pasando de mano en mano mientras la casa se deshacía [...] Una vez que los padres han elegido al hijo que va a ser heredero, le han encontrado una esposa adecuada para casarlo y consideran que ha llegado el momento oportuno de que contraiga matrimonio, van al notario y le hacen donación del herencio consistente en la casa y todas las propiedades adscritas a la misma. El resto de los hermanos y hermanas, si los hay, reciben una dote o una legítima como pago por su obligada renuncia a cualquier derecho sobre el patrimonio<sup>14</sup>.

La idea expuesta conduce, sin solución de continuidad, a que «los hijos de unos mismos padres sufrían suertes distintas: uno era el heredero, los ‘demás’ los desheredados. El horizonte de estos últimos era incierto y

poco esperanzador»<sup>15</sup>, por lo que, con apenas veinte años cumplidos, y ante semejantes perspectivas, Gregorio Pueyo emigra a Madrid, donde fija desde entonces su residencia definitiva, si bien en enero de 1889 y en compañía de su padre consta su comparecencia ante el juez municipal de Yebra de Basa (Huesca) para cumplir ineludibles trámites burocráticos relacionados con su matrimonio en Madrid cuatro meses más tarde. Seguramente, ya no regresaría nunca más a su Panticosa natal. No ocurrió lo mismo con sus libros que, como refiere Rafael Leyda, estaban de moda, junto con los de Maucci, entre los agüistas del Balneario de Fuenclara (léase Panticosa)<sup>16</sup>.

El 4 de mayo de 1889, a los veintinueve años de edad, se casa en la madrileña Iglesia de San Jerónimo el Real, parroquia desde 1883, con Antonia Giral Galino (Buisán (Huesca), 1857-Madrid, 1938), de treinta y dos años<sup>17</sup>. Del matrimonio nacerían cinco hijos: Alejandro, Mariano, Antonio, Luis y Julia.

Su fallecimiento, a la edad de cincuenta y dos años, se produjo, a causa de una tuberculosis pulmonar, el viernes 28 de febrero de 1913 en el Barrio de la Estación de Pozuelo de Alarcón, pintoresca población próxima a Madrid adonde había acudido con la intención de aprovechar sus aires puros y vida tranquila, en cuyo cementerio del Santo Ángel de la Guarda, anónimamente, sin losa que le cubra, yace enterrado<sup>18</sup>.

En el mencionado artículo de la revista *El Fingidor*<sup>19</sup> hice también referencia a los apuros económicos que padeció tras su pronta llegada a la capital de España. Cansinos Assens pone en su boca las siguientes palabras dirigidas a uno de los poetas que le visitaban:

No puedo dar a usted más de veinte duros [...] Crea usted que me sacrifico editando esas cosas que no se venden [...] Pero es que yo, en el fondo, soy un romántico [...] y, además, un filántropo [...] Me gusta ayudar a los jóvenes que luchan [...] Yo también he luchado [...], yo me lo he hecho todo yo solo [...] Yo sé lo que es pasar hambre [...] Yo he dormido también en un banco del Prado<sup>20</sup>.

Gregorio Pueyo y su familia  
(ca. 1902)  
(Fotografía Compañy)





1

1. Antonia Giral Galino (ca. 1905)

2. Los hijos de Gregorio Pueyo y Antonia Giral (1904): sentado, Luis, y en pie, Julia, Antonio (izquierda) y Alejandro (derecha)

3. Gregorio Pueyo y su familia (ca. 1910). De izquierda a derecha, Antonia Giral Galino, Alejandro, Julia, Luis, Antonio y Gregorio Pueyo. Fotografía Laer



2



3





Gregorio Pueyo (1860-1913) fue un conocido librero y editor en el Madrid finisecular, immortalizado para la posteridad por Valle-Inclán en el personaje del librero Zaratustra, de *Luces de Bohemia*. Confió en el movimiento modernista, al que abrió las puertas de su librería. Su tarea como impulsor del mundo editorial, no sólo en el mercado español sino también en el hispanoamericano, en una época de gran analfabetismo, merece ser recordada.

En este libro, que viene a cubrir un vacío bibliográfico, su autor, bisnieto del librero y editor, rescata algunas de sus pautas: su biografía personal, con curioso anecdotario, pero también el conocimiento de su intensa labor profesional, de la que su amplio y variado Catálogo es un manifiesto ejemplo. Completa el volumen una cuidada selección de ilustraciones, la mayoría inéditas o escasamente reproducidas en los manuales sobre historia de la edición en España, que introducen al lector en la enorme riqueza de la "Edad de Plata".



DOCE  CALLES



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CIENCIA  
E INNOVACIÓN



CSIC

